

El bien y el mal *La verdadera gloria*

A los jóvenes amigos de la Peña Literaria que entre el bullicio de un «bar» endominado discuten los problemas vitales de la humanidad

Con atención escuché una vuestra polémica, en la que se discutía sobre el bien y el mal.

Argüía un joven y fogoso polemista que el individuo al nacer trae con él un instinto innato que le inclina a obrar mal durante su vida; es decir, trae como un *pecado original* que le inclinará a ser perverso, y, fiel a esta trayectoria, trazada de antemano por la naturaleza, seguirá durante su existencia.

—Comparto en principio,—afirmaba otro,—la idea de que el hombre trae al nacer un instinto innato; pero he podido constatar que este instinto, por igual puede hacerle un ser útil a la sociedad, que un malvado que sea aborrecido y despreciado por sus propios semejantes. Los hombres destinados para el bien no pueden jamás practicar el mal; y los destinados para el mal jamás practicarán el bien.

Otra tesis fué expuesta: Que los hombres vienen al mundo sin ser buenos ni malos.

Sencillamente, comparto esta opinión. El ser humano, al nacer, es como una masa inconsciente, incapaz de practicar el bien ni ejecutar el mal; carece por completo de los principios que para ser bueno o malo, honrado o criminal, deben tenerse de lo que es bien y de lo que es mal.

Hay más: todo bien y todo mal es convencional. A veces llamamos hacer *bien*, el creer haber hecho una acción de gratitud a nuestros semejantes, la cual puede ser mala a la vez; muchas veces hacemos lo que consideramos y es aceptado generalmente como un bien para unos, aunque redunde en perjuicio de los demás.

Llámase hacer bien a la acción así considerada; pero, ¿cuántas veces ejecutamos una acción mala cuando nuestro intento era practicar una acción buena, o viceversa?

Tanto para el mal, como para el bien, se han establecido reglas para basar en ellas la moral y las leyes de la sociedad por las cuales se rigen los hombres.

Así es, que para el moralista los que siguen rectamente los mandamientos de la moral establecida hacen un bien a la humanidad y a sí mismos, y por el contrario hacen un mal los hombres que no las acatan. Los mansos y pobres de espíritu fueron siempre, en todas las épocas, los señalados por los teólogos como modelos insuperables del bien establecido por el dogma.

De los múltiples ejemplos demostrativos de que todo bien y todo mal es convencional, vamos a exponer el siguiente caso, comprensible por su sencillez: Yo me uno con mis compañeros de ideas, o bien de trabajo, para implantar

¿Por qué hemos de quejarnos? Pasó el tiempo en que los honores, los lauros, las aclamaciones, los vítores, eran sólo para los artistas; en que un pueblo de siervos se prosternaba ante el orador, el poeta o el dramaturgo. Las apoteosis de un Homero son ya, por fortuna, imposibles; el nivel general de cultura es mayor, y son muchos los genios que merecen el pedestal y el plinto; el arte se compenetró con la vida y sólo a su servicio es meritorio; se hace la vida cada vez más artística y menos despótico el arte pío.

Después de muchos siglos de estremecimientos sublimes, de espasmos y de vibrantes sacudidas, pero de esclavitud vergonzosa, de ignorancia y de tiranía, han averiguado las gentes que la Belleza, sin más, es algo sublime que para nada sirve, que nada remedia y que, alejada de la razón, no hace sinó perpetuar las iniquidades y las infamias. Así, en todo estetismo va implícita una funesta regresión. Las coronas de los grandes artistas y literatos debieron colgarse sobre su médula. Ahora que aspiramos a la verdad, sólo pueden ponerse sobre el cerebro.

Y por eso han de reservarse a los sabios, a los inventores, a los libertadores de pueblos, a los obreros desconocidos, a las mujeres ignoradas que santifican el hogar y educan a sus hijos, a los trabajadores anónimos que esculpen en el libro de piedra de los tiempos los mandamientos de la humanidad.

Desciñamos los laureles marchitos; regresen los poetas a los oteros, donde su canto aliente a los trabajadores de la mina o del surco. Y si no tienen verdades que revelar, ni injusticias que combatir, ni golpes que descargar en un edificio social que se derrumba, tornen a los crepúsculos soñolientos, a los trémulos resplandores de las selvas umbrías o a la llorosa soledad de los claustros que invaden las hiedras. Sólo una gloria es posible ya: la de todos. Sólo una divinización es posible: la de los hombres activos y humildes que, encerrados en el taller, en el laboratorio, en la biblioteca, trabajando por levantar el edificio nuevo, cumplen con su deber.

A. ZOZAYA

mi ideario o bien para arrancar mejoras de los privilegiados que nos tienen a sueldo, mejoras que nos sería imposible alcanzar a cada uno de por sí con el esfuerzo aislado, y fácilmente conseguibles con el esfuerzo colectivo. Uniéndome con mis compañeros, ¿puedo tener la seguridad absoluta de hacer un bien? Así será para unos, para aquéllos que se unieron conmigo para obtener aquellas mejoras, que en cambio serán consideradas como un mal para otros. Ello nos demuestra que sólo debemos realizar aquellos actos y acciones que nuestra conciencia nos dicte ser buenos, aunque ellos no sean de aceptación general. El estar seguros de haber hecho un bien a nuestros semejantes debe bastarnos, pues si consultamos el parecer de diez personas sobre una acción nuestra conocida, obtendremos (si somos contestados con sinceridad) tantos pareceres como consultas hagamos. Los hombres no han podido definir ni establecer regla exacta y precisa de lo que es el bien y de lo que es el mal, aunque uno y otro individualmente existen.

Es un grave error creer que es el instinto innato, una fuerza misteriosa la que mueve al hombre a cometer el mal, o bien le impulsa a cometer buenas o malas acciones; ello es sólo el medio ambiente en que haya sido engendrado, haya nacido, o bien se haya desarrollado y crecido. Por igual puede ser arrastrado el ser humano al crimen y a la degeneración en un ambiente de escasez y de miseria que en uno de excesiva abundancia, comodidad y orgía. Ambos extremos conducen al hombre al mismo fin; ambos son resultado de un mismo

mal, de una misma causa: el privilegio de clases.

Una obrera que para sustento de su hogar trabaja hasta las últimas semanas de su embarazo (y a veces hasta el último día) indudablemente tal esfuerzo le ocasionará múltiples sufrimientos físicos y morales, que repercutirán en el niño que ha de nacer y él los arrastrará a través de su existencia como huellas del esfuerzo materno en la lucha por la vida. Unida a esta gran plaga, existen muchas más, causantes de dolores y sufrimientos de mayor magnitud: el alcoholismo, la miseria, la alimentación escasa y mixtificada, el venéreo y otras enfermedades contagiosas, todas son causas de los efectos desastrosos que degeneran a la humanidad de generación en generación como herencia inevitable, cuya mayor parte nos toca a los desheredados.

No es, pues, una fuerza misteriosa; no es un instinto innato que impulsa al individuo a cometer acciones repugnantes y a delinquir; sinó la desigualdad moral y económica, característica de nuestra sociedad. Bien que constatiéis efectos, queridos amigos; pero profundizad las causas, estudiadlas, y, una vez estudiadas, laborad; laboremus todos para eliminarlas, si no todas, cuando menos su mayor parte. Ellas impulsan al ser humano a una lucha de unos seres contra otros.

MARÍA DE GRANOLLERS